

Traduttore, tradittore?

No siempre.

Por Daína Chaviano

Publicado originalmente en inglés con el título *Found in translation*, en un número especial por el 25° aniversario de la Feria Internacional del Libro de Miami, 2008.

Para muchos escritores, su labor termina cuando entregan el libro a su agente o a una editorial. Incluso la mayoría de los autores que van a ser traducidos no se preocupan por la suerte de sus textos. No es mi caso. Me imagino lo angustiante que puede ser buscar una palabra o un concepto que no aparece en ningún diccionario y del cual no existe referencia alguna. Cuando eso ocurre, al traductor no le queda más remedio que inventar o interpretar el texto a su manera.

Personalmente, no me gusta que mis novelas corran esa suerte. Puedo pasar semanas tratando de decidir qué hacer con un adjetivo o una coma, y de ningún modo quiero que ese esfuerzo se pierda. Siempre trato de colaborar con mis traductores, pero ha sido difícil porque las editoriales no están acostumbradas a que un escritor se inmiscuya en la traducción de su propio libro.

Hace unos años, cuando mi novela *El hombre, la hembra y el hambre* se tradujo al checo, intenté por todos los medios que me pusieran en contacto con la traductora. Se trata de una novela llena de referencias culturales específicas, imposibles de comprender para quien no sea cubano. Nunca logré comunicarme con ella. El resultado fue que cuando la edición checa llegó a mis manos, enseguida me di cuenta de que la traducción tenía problemas. La primera palabra que encontré al comienzo del primer capítulo fue “kamaráde” (camarada, compañero). En español, la novela empezaba con la palabra “compadre” (inglés: buddy, dude). El cambio de esta simple palabra desvirtuaba, desde el inicio, la relación entre los dos protagonistas masculinos. Si la traductora hubiera estado en contacto conmigo, yo hubiera podido explicarle el significado de esa palabra que seguramente no pudo encontrar en ningún diccionario español-checo.



La traducción alemana de esa misma novela quedó casi en manos del destino. Una semana antes de que la traductora tuviera que entregarla, le dieron mi correo electrónico. Me envió una lista de dudas, pero me aclaró que no estaban todas. Se las contesté de inmediato, pero sospecho que su traducción quedó con muchas lagunas.

A partir de entonces le pedí a mi agente que incluyera una cláusula en los contratos, pidiendo que se me pusiera en contacto con el traductor. De todos modos, siempre debo recordarles esta cláusula a los editores, que suelen pasarla por alto.

En el caso de *La isla de los amores infinitos*, mi colaboración con los traductores se ha convertido en una labor de meses, casi como si estuviera escribiendo otra novela. En el momento de escribir estas líneas, las traducciones de la novela han llegado a los 23 idiomas*. Los contratos para los primeros 16 idiomas cayeron como una racha, uno detrás de otro, en un período de 3 meses. Comprendí que mi vida iba a convertirse en una locura. ¿Cómo hacer para contestar las dudas que me enviarían tantos traductores? Fue así como se me ocurrió preparar un documento general que les serviría a todos.

Tuve que hacer una lista de palabras, frases y conceptos que obviamente no hallarían en los diccionarios. Algunas cosas eran muy difíciles de explicar con palabras. Pero como yo enviaría estos documentos por email, se me ocurrió usar imágenes y acudí a Google. También incluí muchos enlaces a Wikipedia, que resultó especialmente útil en cuestiones relacionadas con la flora y la fauna. Por lo general, buscaba el árbol o la planta en español. Pero a la izquierda de cualquier página de Wikipedia siempre hay una lista de los idiomas donde hay otra dedicada a ese término. Fue así como resolví el problema. Simplemente colocaba el enlace correspondiente a la página en español de Wikipedia y, desde esa página, cada traductor podía buscar en su propia lengua. Si no existía una página en la lengua del traductor, por lo general existía en inglés (un idioma que manejan casi todos) o algún otro que conocerían. Los traductores suelen conocer más de un idioma. Hasta ahora no ha habido ninguno que no se haya beneficiado con este sistema.

Al enviarle estos documentos siempre les he aclarado que si tienen otras dudas, me consulten. Todos tuvieron sus propias preguntas, que siempre eran pocas, aunque interesantes. Por ejemplo, la traductora sueca quiso saber si una abuela que yo mencionaba era por parte de madre o de padre. Y es que en sueco se usan dos palabras diferentes para decir “abuela”, dependiendo si es de la línea materna o paterna.

* Posteriormente llegaron a 27 idiomas. (Nota de la autora).



A través de la traductora japonesa aprendí que hay tres maneras de escribir en japonés: kanji, hiragana y katakana, y que los nombres extranjeros siempre se escriben usando la modalidad katakana. Así me enteré que mi nombre aparecería en katakana, en la portada de la edición nipona.

La traductora del hebreo necesitó estar segura si, en un momento en que yo me refería a la “pareja” de una mujer, me estaba refiriendo a una pareja del mismo sexo o no porque, según me explicó, en hebreo es necesario especificarlo. Si yo no hubiera estado disponible para aclarar esa duda, ella habría alterado el significado original.

Con Huichen, mi traductora china, el problema fue la transcripción de las palabras en cantonés que yo había usado en la novela. Los chinos que hablan un mismo idioma pronuncian de manera diferente los mismos caracteres, en dependencia de la región donde viven. El problema se multiplica cuando se enfrentan dos lenguas como el mandarín y el cantonés. Por suerte, yo contaba con la ayuda de un amigo chino-cubano, descendiente de cantoneses, que había sido mi asesor para la parte china de la novela y que me ayudó a explicarle a Huichen (quien traducía al chino de caracteres complejos) que la transcripción de esas palabras del cantonés hablado por los chino-cubanos era la correcta.

Por su parte, la traductora alemana quedó muy impresionada con estos documentos y con mi manera de organizarlos (lo cual, viniendo de una alemana, tomé como un gran elogio). Estaba tan entusiasmada con mi método que me pidió apoyo para una campaña que estaba haciendo la Unión de Traductores Literarios de su país.

En general, ha sido un proceso interesante, aunque confieso que algo alucinante. Participar en la traducción de mi propia obra a idiomas cuyos alfabetos ni siquiera puedo leer no es precisamente la experiencia que buscaba como autora; pero tengo la esperanza de que el resultado beneficie a los lectores que, en definitiva, son el objetivo de cualquier acto de creación literaria. Y traducir, sin duda, lo es.

**© 2008 Daína Chaviano. Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción por medios mecánicos,
fotográficos, o digitales, incluyendo Internet,
sin el permiso escrito de la autora,
excepto para trabajos académicos, ensayos y tesis universitarias.
Para mostrar el contenido total del artículo en otros casos,
se permite hacer un enlace directo a este PDF.**

